

MARTÍ ENTRE NOSOTROS: LA REVISTA VENEZOLANA

Alberto Rodríguez C.

"Don José Martí, este ilustrado escritor cubano, que en años pasados redactaba en México la Revista Universal, se halla en Caracas, donde se propone fijar residencia.

Hemos tenido el gusto de tratarle en la visita que se ha dignado hacernos, y se ha granjeado nuestras sinceras simpatías.

Deseamos cordialmente que sea feliz entre nosotros para que adopte a Venezuela como su segunda patria tan generosa y providente como la que le dio el ser».

De esa forma recibió la *Opinión Nacional*, el periódico más importante de Venezuela durante las últimas décadas del siglo XIX, al maestro cubano quien pese a su juventud -28 años- ya conocía de cárceles y exilios como consecuencia de sus empeños libertarios por la independencia de Cuba. Periodista, escritor y agudo observador, había estudiado leyes y literatura en España, donde logró forjar las primeras armas intelectuales que luego perfeccionó a través de sus viajes por distintos lugares de Europa, el Caribe, Centroamérica, México, Venezuela y los Estados Unidos. Esas experiencias le permitieron afinar también sus dotes de analista político y de organizador que le sirvieron para conseguir un destacado liderazgo en las luchas por la independencia de su país, que pronto entraron en crisis y terminaron en derrota en la llamada Guerra Chiquita, cuyo desenlace lo obligó a continuar su largo periplo de activista revolucionario.

En enero de 1881, Martí llegaba a Caracas, donde ya era conocido por sus contribuciones poéticas en *El Cojo Ilustrado*. Las razones de su viaje las expuso él mismo en su discurso del 21 de marzo en el Club del Comercio, donde se le rendía un homenaje:

«vengo a ofrecer, triste y dignamente, mis servicios a los hombres, a poner hombros en la obra», (...) «a ocupar un puesto en este aire sagrado, cargado de las sales del mar libre y del espíritu potente e inspirador de hombres egregios; a pedir vengo a los hijos de Bolívar un puesto en la milicia de la paz».

No sin aclarar con respecto a la independencia de Cuba:

«el día del triunfo vendremos a ofrecer en el altar del Padre Americano el fruto de nuestra redención y el brillo y el honor de nuestra historia».

Durante su estadía de apenas seis meses en nuestra capital, Martí trabajaría como profesor de francés en el Colegio «Santa María» de Agustín Avelo y como maestro de literatura y oratoria en el Colegio de Guillermo Tell Villegas, creando luego la *Revista Venezolana* -de la que editaría dos números- y produciendo numerosos artículos sobre temas diversos para la *Opinión Nacional*, mientras comenzaba la escritura de su poemario *Ismaelillo*.

Cuando hacemos un balance de cuanto se ha escrito sobre José Martí en Venezuela, en especial respecto de su papel en la vida cultural de 1881, son invocadas normalmente cuatro funciones ordenadas en una secuencia que reconoce al orador, al maestro, al periodista y al poeta. Por lo general, las cuatro actividades son disociadas mecánicamente, como si se tratase de cuatro personalidades diferentes. Sea como fuere, la valoración que predomina en la historiografía literaria es la que favorece al orador; la que se impone en el discurso biográfico y en los testimonios de época es la valoración del maestro, mientras que del ensayista se elogia su trabajo periodístico, quedando en minusvalía (paradójicamente) la importancia del poeta. Así hemos heredado, hasta hace muy poco, un Martí fragmentado y marcado por el estigma de su condición de extranjero, con lo cual se desdibuja y evapora el verdadero papel que representa para la cultura venezolana.

Se admira al famoso visitante que tuvo una breve estadía en el país sin que su labor en éste sea explorada en todo cuanto tiene de relación con las circunstancias culturales del momento. Quizás por eso sus escritos en la *Revista Venezolana*, y en la columna «Sección constante» de *La Opinión Nacional*, apenas han motivado unos pocos estudios.

Por otra parte se ha estudiado qué significó la visita a Venezuela para Martí, sin mayores empeños por profundizar sobre el sentido que tuvieron para Venezuela las labores de aquel intelectual y prócer antillano.

Conviene pues estudiar cuáles son los aportes específicos de Martí en nuestro país, pues son varios e importantes los interrogantes que plantea para los investigadores contemporáneos.

En este artículo nos ocupamos nada más de un aspecto, particularmente desatendido hasta ahora: el discurso periodístico y su convergencias en la *Revista Venezolana*, en tanto elementos de renovación literaria.

1.- Aunque a Martí se le reconoce en la actualidad como un poeta y como un ensayista en el campo de la literatura continental, sin dudas con plena justificación, no deja de sorprender que más de la mitad de su producción intelectual se encuentre reunida en el conjunto de su escritura periodística. Sin embargo, fue así en casi todos los casos de escritores que fundaron y consolidaron el modernismo hispanoamericano: Darío, Rodó, Amado Nervo, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Vargas Vila, Enrique Gómez Carrillo, para mencionar algunos entre los más destacados. Este hecho no puede, por supuesto, atribuirse al azar o al mero gusto personal de los autores aludidos, ni a las modas al uso en la producción textual. En realidad, en el período en cuestión se vivía un momento de profundas transformaciones económico-sociales que incidieron fuertemente en la cultura y obligaron a los escritores, imbuidos sin escapes posibles en aquella dinámica, a cambiar los espacios empleados para su proyección.

Se iniciaba entonces el proceso de industrialización en los países más fuertes, cuyas estructuras estatales se consolidaban, al mismo tiempo que el continente se integraba al sistema económico internacional. Todo esto determinaría el crecimiento de las ciudades, su nueva conformación social, la organización de sus formas laborales, las costumbres de la población, los ritmos de la vida cotidiana, los mecanismos y canales de información. Comenzaban los tiempos de los viajes interna-

cionales, el intercambio de publicaciones, el despegue del periodismo, hechos éstos que contribuirían también en el cambio de las mentalidades que tenía lugar en la sociedad.

Con este impulso transformador, el periodismo se incrementó al mismo tiempo que muchos escritores, desligados progresivamente de las estructuras de poder que antes los cobijaron, como el Estado o las instituciones educativas y eclesiásticas, tuvieron que iniciar una forzosa profesionalización. Este hecho produjo también cambios en la actividad periodística. «El resultado fue el brote de la crónica como género nuevo en las letras hispanoamericanas»¹. Ese acontecimiento produciría además notorias modificaciones en las formas de lectura, lo que traería como consecuencia el inicio del discurso crítico moderno.

La escritura literaria entraba con fuerza en los periódicos, surgían revistas y la literatura experimentaba necesidades de cambio y adaptación a los nuevos tiempos, cuando las nociones de arte e información -paradójicamente- empezaban a separarse en busca de sus especificidades y de legitimación.

El periodismo reclamaba para sí referencialidad, actualidad, objetividad que lo convertirían -dentro de unas concepciones que se generalizaron desde la época- en el discurso de la verdad, en oposición a la escritura literaria caracterizada como fabulación, intemporalidad, subjetividad, que serían para entonces los rasgos distintivos del discurso estético. En cierto sentido aparecía una tendencia a separar *teóricamente* el texto informativo del texto literario. Con este deslinde, que impondría una taxonomía de los discursos, se manifestaba una nueva manera de leer y, con ella, los inicios del discurso crítico moderno.

Así, por ejemplo, en una conocida carta, Fausto Teodoro Aldrey, director del periódico caraqueño *La Opinión Nacional*,

le expresaba a Martí aquel proyecto de separación del periodismo con respecto a la literatura:

No me conviene el número literario de que Ud. me habla. Conozco el país y hace 20 años que soy en él periodista. Conté durante mucho tiempo con los literatos para realzarlos y tenerlos como elemento útil para superar editoriales en todos los ramos de la prensa, y he gastado millares de pesos en el empeño de realizar este propósito, y me he convencido de que todos son por el estilo de aquellos viles del... No quiero nada de ellos... Se devoran entre sí, y se odian cordialmente. Vade retro!»².

En otra parte de su carta, Aldrey le pedía a Martí que sus contribuciones para *La Opinión Nacional* fuesen «más noticiosas y menos literarias». Así le solicitaba artículos cortos sobre política internacional que no afectasen la imagen de los EEUU «y por separado en artículos o revistas sueltas, hablar de *todo lo demás*, literatura, costumbres, etc.»

Martí rechazaría tales recomendaciones aclarando su preferencia por la veracidad de las informaciones, su vocación crítica y abierta a la diversidad de opiniones para, «luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir y dar de sí la esencia»³.

2.- En la *Revista Venezolana*, publicada por Martí en Caracas entre enero y julio de 1881, Martí se propuso exponer un *programa* en el cual se manifestarían claramente sus concepciones sobre el trabajo periodístico. En su programa destacaría Martí dos elementos fundamentales, la función informativa y el cuidado en el manejo del estilo.

En cuanto a la información, entendía que ésta debía ocuparse de la naturaleza, la historia, la política, la sociedad y

la cultura con la finalidad de fijar y conservar una memoria que, a su juicio, no debía ser desfigurada ni debía perderse. Todo ello enunciado siempre desde un sujeto colectivo, un *nosotros* que aludía «nuestra naturaleza» con la mayor espontaneidad, lo que le permitía sentirse como parte legítima de la población y de la idiosincrasia venezolana. En este sentido se interesó en dar cuenta de la riqueza cultural de nuestro país, especialmente entre «los trabajadores de la mente», con el propósito de recoger la memoria desde los orígenes con el fin de evitar que «se pierdan o desconozcan los logros». Tal disposición lo enfrentaría muy pronto con otras concepciones del trabajo intelectual, para entonces celebradas por la cultura oficial del guzmancismo, a las cuales consideraría como meramente contemplativas de la Naturaleza, aquejadas de sentimentalismo y reblandecidas como «todo pensamiento encaminado a mermar la autoestima».

Su propuesta ante semejante situación sería la de «formar conceptos propios y altos», «poner en acuerdo las edades» y promover la unidad de los intelectos más lúcidos «en prez de Venezuela y de la América» para impulsar vigorosamente con «hombros juveniles la poderosa ola americana».

En todo ese discurso está implícito un decidido cuestionamiento al sector cultural dominante, al cual denuncia por no valorar su patrimonio, por menospreciar la memoria nacional y por tener actitudes acrílicas y subalternas ante las concepciones europeístas que los caracterizaban en sus posiciones evasivas, autodespreciativas, esteticistas y opuestas a los cambios posibles.

3.- Aquellas críticas de Martí no pasaron desapercibidas. Por el contrario, generaron malestar y rechazos por parte de personalidades y órganos de opinión adeptos al régimen. El propio editor de la *Revista venezolana* acusa en el segundo y último número de su publicación el hecho de que «le azoten el rostro en el camino» aquellos ociosos intelectuales del orden

cultural establecido, guiados por «interesados juicios» y no por su genuina conciencia, pues al fin y al cabo «la obra de amor ha hallado siempre muchos *enemigos*», según acota Martí, quien entiende -sin embargo- que la *Revista...* los inquieta porque ella constituye «una empresa que no tiene por objeto entretener ocios, sino aprovecharse de ellos para mantener en alto los espíritus, en el culto de lo extraordinario y de lo propio»⁴.

Con amplitud y franca disposición al debate Martí sintetiza en su publicación las críticas de sus enemigos: «La *Revista venezolana* -escribe- no es bastante variada, ni amena, y no conciben empresa de este género, sin su fardo obligado de cuentecillos de Andersen y de imitaciones de Uhland, y de novelas traducidas, y de trabajos hojosos, y de devaneos y fragilidades de la imaginación, y de toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga a provechoso esfuerzo a los que la producen ni a saludable meditación a los que leen, ni trae aparejada utilidad y trascendencia. Pues la *Revista venezolana* hace honor de esta *censura*, y la levanta y pasea al viento a guisa de bandera».

Martí, distanciándose de los simples resentimientos personales, integra a los enemigos de su proyecto en el contexto de una cultura deteriorada, alienada, descentrada, y por lo tanto en decadencia. Al respecto dice explícitamente: «vivimos en una época de encumbración y de rebote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos a tientas en busca de los nuevos; cuando es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde arrancada al bosque, y *fundar*».

Critica también que se viva de espaldas a las riquezas disponibles en nuestro propio medio natural, al que se trata con desdén o se le ignora, no se lo trabaja y en consecuencia no se le hace producir, ni se buscan mercados. Asimismo cuestiona el abandono al facilismo: «Es la facilidad, sirena de los débiles (...) y para los pueblos causa de aflojamiento y grandes daños».

Para Martí el trabajo, el estudio, la reflexión propia y exigente en el país son las únicas soluciones hacia el desarrollo, pues «el bienestar de *nuestros hijos* y la elaboración de *nuestra patria* nos reclaman».

Y para disipar cualquier duda en relación con las orientaciones de su pensamiento procura mayores precisiones, alejándose de las tentaciones retóricas: «Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar. Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y de brazo del estudio, que es padre prolífico, y esposo sincero, y amante dadivoso. Es fuerza (...) ahogar el personal hervor y hacer la obra».

4.- Parte de esa obra será la misma *Revista venezolana*, una publicación concebida en, con y para Venezuela, una vez asumida con respeto pero sin concesiones simplistas su riqueza y complejidad natural y cultural. La revista, aclara Martí, no es sólo literaria: «Viene a dar aposento a toda obra de letras que haga relación visible, directa y saludable, con la historia, poesía, arte, costumbres, familia, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos e industrias venezolanas».

Para cumplir con sus propósitos el escritor afina sus instrumentos expresivos, forja y justifica una poética, una concepción propia sobre las formas y el sentido de su escritura, según la cual el uso de la lengua y el estilo deben adecuarse al asunto que presenta y al momento, hasta construir una unidad artística en ajuste a las circunstancias en que se crea el texto literario. «La frase tiene sus lujos (...) ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero?». Y afirma: «Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno». El escritor, propone el director de la *Revista Venezolana*, «usará de lo antiguo cuando sea bueno, y

creará lo nuevo cuando sea necesario». Más adelante, en coincidencia con los criterios de Andrés Bello, puntualiza Martí: «No hay por qué invalidar vocablos útiles ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas».

A partir de esas concepciones el Apóstol cubano une periodismo y literatura en su propio oficio, y traza para su escritura funciones distintas de las establecidas en la poética romántica al uso, aunque ya para entonces en declive. Martí transgredía así, en la práctica escritural y en la teoría, tanto el estatuto literario como el periodístico, proponiendo a la vez una expresión híbrida, más rica en alternativas que las formas institucionalizadas. En 1881 José Martí asomaba ya las propuestas del Modernismo en poesía, en periodismo, en su oratoria, generando una conciencia más definida sobre tres instrumentos fundamentales de la expresión moderna: lenguaje / periodismo / literatura. A la vez proponía para ellos diversas y múltiples funciones, transformando la hasta entonces limitada noción de literatura, restringida por el esteticismo, y abriendo y enriqueciendo la concepción del periodismo, al que vinculaba ahora con la vida misma, liberándolo de la mera adaptación a las modas importadas.

5.- A diferencia de las afirmaciones comunes que han pretendido explicar la apresurada salida de Martí de nuestro país, ceñidas a las anécdotas sobre el personalismo autoritario de Guzmán y/o a las razones puramente éticas o políticas del escritor cubano, pesan más las dificultades que se le presentan al prócer antillano ante una cultura oficial que no lo tolera, sino que lo cerca, lo limita, lo censura y lo presiona.

No es Guzmán Blanco quien lo expulsa en gesto airado de soberbio dictador, sino el ostentoso orden cultural congelado por el afrancesamiento, el esteticismo, el ritualismo verbal, las conveniencias de salón. Son éstas las mayores presiones, entre las cuales el autócrata es, si acaso, el instrumento ejecutor de una sanción.

El papel de Martí en Venezuela es, pues, el de un fundador: primero de una propuesta literaria renovadora, modernizadora, y luego de un discurso crítico cultural y social moderno, como su periodismo, apuntalado por una escritura auto-reflexiva que construye a la vez sus propios fundamentos teóricos.

Hasta el momento estos aspectos han pasado casi inadvertidos en los estudios sobre la presencia de Martí en Venezuela, estas notas apenas se han propuesto señalarlos, ahora nos corresponde explorar y profundizar en esta intrincada red de posibilidades.

NOTAS

1. José Ovidio Jiménez. «El ensayo y la crónica del modernismo». En: Luis Iñigo Madrigal (comp.). *Historia de la literatura hispano-americana II. Del Neoclasicismo al Modernismo*. Madrid: Cátedra, 1987. pp. 544.
2. Citado en Francisco Ávila. *Martí en el periodismo caraqueño*. Caracas: Edics. del Cuatricentenario, 1968. p. 108.
3. Martí en respuesta a la carta de Aldrey. En: F. Ávila. *Op cit.* pp. 111-112.
4. José Martí. *Revista venezolana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela / Ediciones de la Biblioteca, 1994. Edición crítica anotada por Ramón Losada Aldana. Todas las citas textuales de Martí corresponden a esta edición.